

Domingo 4 Cuaresma (C): RECUPERADOS PARA LA VIDA

I. Felipe Fernández Caballero

MENSAJE CENTRAL

Todos podemos ser recuperados para la vida, porque el amor de Dios no nos da nunca por perdidos. Y todos somos llamados a participar de la gran fiesta de la reconciliación y del perdón.

LECTURAS

1. Liberado por Dios, su pueblo celebra la Pascua al entrar en la tierra prometida

Jos 5, 9a.10-12

El domingo pasado, la primera lectura narra el llamamiento y envío de Moisés por Dios para sacar a su pueblo de la esclavitud de Egipto. El texto que hemos leído este domingo nos presenta ya al pueblo en la tierra prometida, final gozoso de su doloroso caminar por el desierto.

Comienza un nuevo estilo de vida. "Cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra, cesó el maná". El Señor, que le había alimentado hasta ahora con el maná, les ha dado una tierra en la que pueden gozar de los frutos de su trabajo. El pueblo celebra la Pascua: la cena pascual, con panes ázimos y espigas fritas. Es la primera vez que lo hace en la tierra prometida. Lo que había sido señal para su salida de Egipto es ahora señal de su entrada en la tierra prometida.

También en esta nueva etapa de su historia, es importante recordar el permanente cuidado de Dios. Celebrar una fiesta con los frutos recolectados es reconocer y expresar culturalmente la realidad permanente de esa solicitud.

La primera lectura nos ofrece, por tanto, una perspectiva desde la que ha de comentarse el evangelio de hoy.

2. Dios nos ha reconciliado consigo en Cristo

2Cor 5,17-21

La cuaresma es tiempo de conversión. Desde Dios, todo está hecho: "por medio de Cristo nos reconcilió consigo"; desde nosotros, todo está por hacer: el llamamiento de Pablo sigue resonando con fuerza: "En nombre de Cristo os pedimos que os dejéis reconciliar con Dios".

Tal vez alguno querría escuchar esta llamada, pero considera imposible escapar de las tendencias que le atan a los bienes y alegrías del mundo presente. Oigamos la respuesta del Apóstol: "Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado para que nosotros, unidos a Él, recibamos la justificación de Dios"

Mediante Cristo, que ha tomado nuestra carne, somos capaces de dejarnos reconciliar. El es quien nos reconcilia mediante su Sacrificio, y nos capacita para tomar parte en la santidad de Dios mismo.

Tales son nuestras posibilidades y tal debe ser nuestra actitud: volver al Padre y tomar

parte en el banquete de los pecadores reconciliados en Cristo Jesús, porque él ha hecho de nosotros unas criaturas nuevas: el mundo antiguo ha pasado y otro nuevo ha comenzado. El Apóstol es el mensajero infatigable de la novedad de vida iniciada por esa reconciliación.

El salmo 33, que sirve de respuesta a la 1^a lectura, es verdaderamente un canto eucarístico; es la acción de gracias de todos los que, liberados de sus esclavitudes, son conducidos por él a la tierra prometida y alimentados con sus frutos Y es también el canto de los que, reconciliados mediante Cristo, vuelven a casa y son recibidos en el Banquete de la celebración eucarística, signo del Banquete definitivo en el Reino de Dios.

Evangelio. “Celebremos un banquete, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido”

Lc 1-3.11-32

Del relato de hoy, nos fijamos únicamente en dos puntos fundamentales: el movimiento de conversión, expresado por el hijo pródigo –"Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti"– , y las palabras del padre: "Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido".

Nos encontramos aquí en plena alegría pascual, que se celebra con un banquete: "Convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida".

En este episodio, el hermano primogénito tiene claramente la impresión de que su padre ha sido injusto con él, el hijo fiel el, el observante, el que no ha olvidado nunca el menor deber en sus quehaceres, el que ha atendido siempre a su padre y le ha ayudado escrupulosamente en su trabajo.

Aunque el padre tiene en cuenta con amor al que le es fiel, no puede permanecer insensible ante quien se arrepiente y quiere volver; ahí está toda la revelación del amor infinito de Dios para con quien se decide a dar un paso hacia él. Ese "paso hacia él" no sólo lo espera el Señor, sino que lo provoca. Es todo el misterio de la ternura de Dios con el pecador.

El relato es una de las expresiones más elevadas de la misericordia del Señor: que el Padre de los cielos se comporte así, nunca lo habríamos imaginado, si Jesús no nos lo hubiera revelado con sus palabras y su testimonio.

HOMILÍA

Cuaresma: Tiempo de rectificación de caminos torcidos.

1. *El Señor había pronunciado estas palabras respecto de Israel: *"Durante cuarenta años me asqueó y dije: es un pueblo de corazón extraviado que no reconoce mi camino. Me tentaron y me pusieron a prueba, aunque habían visto mis obras. Por eso he jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso"*.

Pero acaba triunfando el amor y el Señor le ofrece una patria. *"En aquellos días dijo el Señor a Josué: Hoy os he despojado del oprobio de Egipto"*. Queda atrás el duro período de marcha por el desierto; se come el pan amasado con los granos nuevos de la cosecha de la tierra de Canaán. Imposible no pensar en el banquete preparado al hijo pródigo que vuelve a

sentarse en la mesa de la casa del padre.

2. La escena reflejada en la parábola se repite a lo largo de la historia. “*Padre, dame la parte que me toca de la fortuna*” El hijo quiere autonomía para asumir su destino, decide el abandono de la casa paterna y emigra a un país lejano donde derrocha su fortuna viviendo perdidamente. Dejar el hogar expresa aquí el rechazo de una forma de existencia vivida bajo la mirada vigilante de un Padre que protege y orienta con el poder de su brazo y garantiza los auténticos bienes y valores que salvaguardan la dignidad personal.

“*El Padre les repartió los bienes*” Esta actitud revela el primer rasgo de Dios: su respeto profundo a la libertad del hombre, una libertad que le hace responsable de todas y cada una de sus decisiones y de las consecuencias que se sigan de ellas. El hijo menor, que hasta ahora aprendía a ser libre, se erige en dueño absoluto de esa libertad y en responsable único de las consecuencias de su vida corrompida. Por eso se siente culpable. No es posible caer más bajo, ni sentirse más humillado y fracasado.

El “no” rotundo del hijo pródigo al amor del padre refleja la rebelión original de Adán: su rechazo al Dios en cuyo amor hemos sido creados. Es la rebelión que nos coloca fuera del jardín, fuera del alcance del árbol de la vida, viviendo como esclavos en una tierra extraña

En esta situación ocurre el milagro: “*Recapacitando entonces (el hijo menor) se dijo...*”. Sin un reconocimiento de que el camino de la degradación conduce a la autodestrucción, no es posible ningún tipo de cambio ni de superación personal. La conversión lleva consigo asumir la responsabilidad de las propias opciones y de las consecuencias de los propios actos. En un momento tan crítico, ¿qué fue lo que llevó al hijo pródigo a optar por la vida?. Sin duda, el redescubrimiento de su yo más profundo. Lo había perdido todo: dinero, amigos, dignidad, paz interior, alegría; pero sigue reconociéndose hijo de su padre. “*Volveré a mi padre y le diré: Padre...*”. Con estas palabras escritas por el Padre en su corazón, el hijo pródigo fue capaz de dejar la tierra extranjera y volver a casa.

Cuando llega frente a su padre, éste, “*viéndole de lejos se le echó al cuello y le cubrió de besos*”. ¿Se puede reflejar con más ternura los sentimientos de Dios? Ni un reproche, ni un resquicio de enojo. Introduce al hijo arrepentido dentro de casa y le devuelve la antigua dignidad. ¡Aquí no ha pasado nada: “*Celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado*” . La conversión es la fiesta de la vida.

3. La clave de la actitud del Padre nos la ofrece la segunda lectura de hoy: “*El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo a pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados*” . Cristo, para que la humanidad pueda vivir una vida nueva y libre, ha cargado sobre sí el pecado de todos.

El llamamiento de Pablo sigue resonando hoy para nosotros: “*En nombre de Cristo os pedimos que os dejéis reconciliar con Dios*”

Mediante Cristo, que ha tomado nuestra carne, somos capaces de dejarnos reconciliar. Él es quien nos reconcilia mediante su Sacrificio, por eso vale para nosotros la invitación a tomar parte en el Banquete de la reconciliación que el Padre nos prepara.

II. Guía para lectura y predicación del CEC (CSC)

LA FE DE LA IGLESIA

«Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: ``No he venido a llamar a justos sino a pecadores''... Les invita a la conversión» (545).

«... la gracia debe descubrir el pecado para convertir nuestro corazón... Como un médico que descubre la herida antes de curarla, Dios, mediante su palabra y su espíritu, proyecta una luz viva sobre el pecado» (1848).

«Perdona nuestras ofensas... aun revestidos de la vestidura bautismal, no dejamos de pecar, de apartarnos de Dios... Nuestra petición empieza con una ``confesión'' en la que afirmamos, al mismo tiempo nuestra miseria y su Misericordia» (2839).

TESTIMONIO CRISTIANO

«El que confiesa sus pecados actúa ya con Dios. Dios acusa tus pecados; si tú también te acusas, te unes a Dios. El hombre y el pecador son por así decirlo, dos realidades: cuando oyes hablar del hombre es Dios quien lo ha hecho; cuando oyes hablar del pecador, es el hombre mismo quien lo ha hecho. Destruye lo que tú has hecho para que Dios salve lo que El ha hecho... Cuando comienzas a detestar lo que has hecho, entonces tus obras buenas comienzan porque reconoces tus obras malas. El comienzo de las obras buenas es la confesión de las obras malas. Haces la verdad y vienes a la luz (S. Agustín)» (1458).

SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

La misericordia y la alegría de Dios Padre son los dos rasgos más destacados por S. Lucas en las parábolas del perdón.

A las ideas judías de justicia y pecado, obediencia o desobediencia a las órdenes del Padre (vers. 29), muy presentes en el hijo mayor de la parábola, Jesús opone otro modo de ver las relaciones del hombre con Dios: la rectitud consiste en comportarse como hijo y el pecado en dejar de proceder como tal, por esto, el hijo menor se aleja del Padre y de su casa. Esto equivale a morir y el retorno a vivir (vers. 24 y 32).

El pródigo recupera los privilegios del hijo: «el mejor traje» (más exactamente «el primer traje»); el anillo y las sandalias, propios de los hombres libres y se le festeja con el ternero cebado, reservado para las grandes ocasiones.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

- La realidad del pecado y su proliferación: 386-387; 1865-1869.

- La necesidad de un sacramento del perdón: 979-983.
- La respuesta:
- La penitencia del corazón: 1430-1433.
- La confesión de los pecados: 1455-1458.
- Las obras de satisfacción: 1459-1460.

Otras sugerencias

El perdón de Dios no alcanza al hombre, mientras éste no se vuelva a El, mientras no se convierta, porque Dios no puede menos de respetar la libertad de la criatura. Esta retorna por la decisión del corazón, bajo la gracia del Dios que espera y llama al sacramento de la penitencia y del perdón.

«El cristiano que quiere purificarse de su pecado... no está solo... En la comunión de los santos... la santidad de uno aprovecha a los otros, más allá del daño que el pecado de uno pudo causar a los demás». Esta es la base de las Indulgencias, que completan el sacramento de la penitencia y cuya práctica se debe recuperar (cf 1474).

III Sagrada Congregación para el Clero

NEXO ENTRE LAS LECTURAS

"Dejaos reconciliar con Dios", he aquí una clave de lectura de los textos litúrgicos de este domingo de cuaresma. En la primera lectura Dios se reconcilia con su pueblo, concediéndole entrar en la tierra prometida, después de cuarenta años de vagar sin rumbo por el desierto. En la parábola evangélica el padre se reconcilia con el hijo menor, y, aunque no tan claramente, también con el hijo mayor. Finalmente, en la segunda lectura, san Pablo nos enseña que Dios nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación.

MENSAJE DOCTRINAL

La iniciativa divina en la reconciliación.

La palabra griega traducida por reconciliación significa etimológicamente cambio desde el otro. Reconciliarse quiere decir cambiar a partir del otro, en nuestro caso, a partir de Dios. Es Dios quien reconcilia consigo al pueblo de Israel, haciéndole atravesar el Jordán como si fuera un nuevo Mar Rojo, renovando con él la Pascua y la Alianza como en el Sinaí, dándole como alimento no ya el maná sino los frutos de la tierra que conquistarán y en la que definitivamente se asentarán. Es el padre bueno de la parábola lucana quien reconcilia consigo al hijo menor, abrazándole y besándole, y logrando de esta manera que el hijo se reconcilie consigo mismo. Es también el padre bueno el que toma la iniciativa de reconciliar al hermano mayor con el menor, pasando por encima del pasado y valorando debidamente el arrepentimiento del corazón. ¿Y qué es lo que Pablo escribe a los cristianos de Corinto? Dios reconcilió consigo al mundo en Cristo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y nos hacía depositarios del mensaje de la reconciliación. Reconciliarse, en definitiva, es decir a Dios: Gracias por haber dado el primer paso. Acepto tu perdón, acepto tu amor.

Reconciliarse mirando hacia el futuro.

Reconciliarse con Dios significa primeramente reconocer que algo no ha andado bien en nuestras relaciones con Él en el pasado. Significa además que hay un interés en

restablecer buenas relaciones con Dios en el presente y para el futuro. Para los israelitas del desierto pasar el Jordán significa dejar atrás un pasado de rebeldía, de quejas, de inseguridad, y renovar con Dios la alianza de fidelidad y la entrega a la conquista de la tierra prometida. Los dos hijos de la parábola tienen que romper con los últimos años de vida, en las relaciones con su padre y en sus mutuas relaciones, para poder entrar en el futuro con la recobrada dignidad de hijos. La reconciliación del cristiano con Dios mira al plazo de vida que le queda para hacer el bien, y se proyecta sobre todo hacia la otra ribera de la vida. Y el mensaje de reconciliación que Dios ha depositado en nuestras frágiles manos, ¿no es un mensaje que hemos de hacer eficaz ahora en el presente y en el futuro que llama continuamente a nuestra puerta? Me reconcilio en el presente, pero los efectos de la reconciliación tienen que prolongarse en el futuro; sin esta eficacia en el futuro, reconciliarse no deja de ser una palabra tal vez bonita, pero hueca, sin repercusiones eficientes, y por consiguiente una auténtica frustración.

Cristo, paz y reconciliación nuestra.

Cristo es el mediador último y definitivo de la reconciliación con Dios. En el bautismo de Jesús las aguas del Jordán son purificadas, y el nuevo pueblo tiene la posibilidad de reconciliarse con el Padre. La vida de Jesucristo, sobre todo su muerte y resurrección es el camino elegido por el Padre para reconciliarnos con Él y con todos los redimidos. Sólo en Cristo y por Cristo logramos sentir la fuerza salvadora de Dios, que nos quiere reconciliar consigo. Cristo es la última palabra de reconciliación que el Padre dirige al hombre y al mundo. Por eso, quien vive reconciliado con Dios en Cristo, es una nueva creatura. Lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo, como nos recuerda san Pablo. El pasado no cuenta; lo que importa ahora es el futuro, en el que llevar una vida reconciliada con Dios y con los hombres; en el que ser verdaderos evangelizadores de la reconciliación.

SUGERENCIAS PASTORALES

El largo camino de la reconciliación.

Reconciliarse es hermoso, pero puede llegar a ser duro y difícil. Pide un cambio, y como todo cambio en la vida exige romper esquemas hechos, dejar caminos trillados, abrir nuevas brechas, roturar nuevos campos. En definitiva, salir de nuestra dulce comodidad y rutina, y lanzarnos a vivir día tras día en la ruta nueva que Dios nos va trazando, ruta de donación y amor desinteresados. Reconciliarse con Dios, reconciliarse con los demás, implica estar dispuesto a mirar el pasado con ojos de arrepentimiento y a dejarlo sin miramientos, por más que nos siga siendo atractivo. Para reconciliarse de verdad con Dios y con nuestros hermanos, no basta acudir al sacramento de la reconciliación, recibir el perdón de Dios y... ¡santas pascuas! Esto es sólo el comienzo. Ahora sigue el trabajo diario y constante por arrancar del alma las causas profundas, a veces muy ocultas, del distanciamiento, de la desavenencia y de la lejanía de Dios, y cualquier signo de ellos en nuestra conducta. Ahora viene la labor tenaz por conquistar nuestro corazón y nuestra vida para el amor, la concordia, la avenencia y la armonía filiales para con Dios y fraternal para con los hombres. Todo hombre, si es sincero consigo mismo, se da cuenta de que está necesitado, en un mayor o menor grado, de reconciliación. Reconcílate tú primero, y luego ayuda a los demás a conseguir una auténtica reconciliación.

Una Iglesia reconciliada y reconciliadora.

El Papa nos ha enseñado con su ejemplo a no tener ningún reparo en pedir perdón. La Iglesia es santa, pero sus hijos somos pecadores. Y los pecados de los hijos dejan huella en el rostro de la Iglesia. Por eso, el sacerdote, en nombre de la Iglesia y como representante suya, cada día en la santa misa la reconcilia con Dios. Por otra parte, la Iglesia, en cuanto comunidad de los que creen en Cristo Señor, es muy consciente de las divisiones y de los contrastes, de las diferencias y desarmonías doctrinales y prácticas que bullen en su seno. Se han dado algunos pasos en el camino de la reconciliación. Quedan muchos todavía. Hay que seguir avanzando en la reconciliación entre diversas comunidades eclesiales, entre los miembros de una misma comunidad eclesial, entre diversas órdenes, congregaciones o institutos religiosos, entre diversas diócesis... Sólo una Iglesia reconciliada verticalmente con Dios y horizontalmente con sus hermanos en la fe, podrá ser fermento de reconciliación en la sociedad. ¿Vives reconciliado con Dios? ¿Es tu parroquia una parroquia internamente reconciliada? ¿Eres agente de reconciliación en tu familia y en el ambiente de trabajo?

Homilía, Por: P. Antonio Izquierdo | Fuente: Catholic.net

Nexo entre las lecturas

"Dejaos reconciliar con Dios", he aquí una clave de lectura de los textos litúrgicos de este domingo de cuaresma. En la primera lectura Dios se reconcilia con su pueblo, concediéndole entrar en la tierra prometida, después de cuarenta años de vagar sin rumbo por el desierto. En la parábola evangélica el padre se reconcilia con el hijo menor, y, aunque no tan claramente, también con el hijo mayor. Finalmente, en la segunda lectura, san Pablo nos enseña que Dios nos ha reconciliado consigo mismo por medio de Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación.

Mensaje doctrinal

1. *La iniciativa divina en la reconciliación.* La palabra griega traducida por reconciliación significa etimológicamente cambio desde el otro. Reconciliarse quiere decir cambiar a partir del otro, en nuestro caso, a partir de Dios. Es Dios quien reconcilia consigo al pueblo de Israel, haciéndole atravesar el Jordán como si fuera un nuevo Mar Rojo, renovando con él la Pascua y la Alianza como en el Sinaí, dándole como alimento no ya el maná sino los frutos de la tierra que conquistarán y en la que definitivamente se asentarán. Es el padre bueno de la parábola lucana quien reconcilia consigo al hijo menor, abrazándole y besándole, y logrando de esta manera que el hijo se reconcilie consigo mismo. Es también el padre bueno el que toma la iniciativa de reconciliar al hermano mayor con el menor, pasando por encima del pasado y valorando debidamente el arrepentimiento del corazón. ¿Y qué es lo que Pablo escribe a los cristianos de

Corinto? Dios reconcilió consigo al mundo en Cristo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres, y nos hacía depositarios del mensaje de la reconciliación. Reconciliarse, en definitiva, es decir a Dios: Gracias por haber dado el primer paso. Acepto tu perdón, acepto tu amor.

2. *Reconciliarse mirando hacia el futuro.* Reconciliarse con Dios significa primeramente reconocer que algo no ha andado bien en nuestras relaciones con Él en el pasado. Significa además que hay un interés en restablecer buenas relaciones con Dios en el presente y para el futuro. Para los israelitas del desierto pasar el Jordán significa dejar atrás un pasado de rebeldía, de quejas, de inseguridad, y renovar con Dios la alianza de fidelidad y la entrega a la conquista de la tierra prometida. Los dos hijos de la parábola tienen que romper con los últimos años de vida, en las relaciones con su padre y en sus mutuas relaciones, para poder entrar en el futuro con la recobrada dignidad de hijos. La reconciliación del cristiano con Dios mira al plazo de vida que le queda para hacer el bien, y se proyecta sobre todo hacia la otra ribera de la vida. Y el mensaje de reconciliación que Dios ha depositado en nuestras frágiles manos, ¿no es un mensaje que hemos de hacer eficaz ahora en el presente y en el futuro que llama continuamente a nuestra puerta? Me reconcilio en el presente, pero los efectos de la reconciliación tienen que prolongarse en el futuro; sin esta eficacia en el futuro, reconciliarse no deja de ser una palabra tal vez bonita, pero hueca, sin repercusiones eficientes, y por consiguiente una auténtica frustración.

3. *Cristo, paz y reconciliación nuestra.* Cristo es el mediador último y definitivo de la reconciliación con Dios. En el bautismo de Jesús las aguas del Jordán son purificadas, y el nuevo pueblo tiene la posibilidad de reconciliarse con el Padre. La vida de Jesucristo, sobre todo su muerte y resurrección es el camino elegido por el Padre para reconciliarnos con Él y con todos los redimidos. Sólo en Cristo y por Cristo logramos sentir la fuerza salvadora de Dios, que nos quiere reconciliar consigo. Cristo es la última palabra de reconciliación que el Padre dirige al hombre y al mundo. Por eso, quien vive reconciliado con Dios en Cristo, es una nueva creatura. Lo viejo ha pasado y ha aparecido algo nuevo, como nos recuerda san Pablo. El pasado no cuenta; lo que importa ahora es el futuro, en el que llevar una vida reconciliada con Dios y con los hombres; en el que ser verdaderos evangelizadores de la reconciliación.

Sugerencias pastorales

1. *El largo camino de la reconciliación.* Reconciliarse es hermoso, pero puede llegar a ser duro y difícil. Pide un cambio, y como todo cambio en la vida exige romper esquemas

hechos, dejar caminos trillados, abrir nuevas brechas, roturar nuevos campos. En definitiva, salir de nuestra dulce comodidad y rutina, y lanzarnos a vivir día tras día en la ruta nueva que Dios nos va trazando, ruta de donación y amor desinteresados. Reconciliarse con Dios, reconciliarse con los demás, implica estar dispuesto a mirar el pasado con ojos de arrepentimiento y a dejarlo sin miramientos, por más que nos siga siendo atractivo. Para reconciliarse de verdad con Dios y con nuestros hermanos, no basta acudir al sacramento de la reconciliación, recibir el perdón de Dios y... ¡santas pascuas! Esto es sólo el comienzo. Ahora sigue el trabajo diario y constante por arrancar del alma las causas profundas, a veces muy ocultas, del distanciamiento, de la desavenencia y de la lejanía de Dios, y cualquier signo de ellos en nuestra conducta. Ahora viene la labor tenaz por conquistar nuestro corazón y nuestra vida para el amor, la concordia, la avenencia y la armonía filiales para con Dios y fraternas para con los hombres. Todo hombre, si es sincero consigo mismo, se da cuenta de que está necesitado, en un mayor o menor grado, de reconciliación. Reconcíliate tú primero, y luego ayuda a los demás a conseguir una auténtica reconciliación.

2. *Una Iglesia reconciliada y reconciliadora.* El Papa nos ha enseñado con su ejemplo a no tener ningún reparo en pedir perdón. La Iglesia es santa, pero sus hijos somos pecadores. Y los pecados de los hijos dejan huella en el rostro de la Iglesia. Por eso, el sacerdote, en nombre de la Iglesia y como representante suya, cada día en la santa misa la reconcilia con Dios. Por otra parte, la Iglesia, en cuanto comunidad de los que creen en Cristo Señor, es muy consciente de las divisiones y de los contrastes, de las diferencias y desarmonías doctrinales y prácticas que bullen en su seno. Se han dado algunos pasos en el camino de la reconciliación. Quedan muchos todavía. Hay que seguir avanzando en la reconciliación entre diversas comunidades eclesiales, entre los miembros de una misma comunidad eclesial, entre diversas órdenes, congregaciones o institutos religiosos, entre diversas diócesis... Sólo una Iglesia reconciliada verticalmente con Dios y horizontalmente con sus hermanos en la fe, podrá ser fermento de reconciliación en la sociedad. ¿Vives reconciliado con Dios? ¿Es tu parroquia una parroquia internamente reconciliada? ¿Eres agente de reconciliación en tu familia y en el ambiente de trabajo?